

Verdadera filosofía de la historia.

En el primer capítulo del libro Estados Unidos en Nicaragua, publicado el domingo recién pasado, se leé el radiograma dirigido de Puerto Cabezas por el Presidente Sacasa. " Mayo 7 de 1927 ", que termina así :

.....En consecuencia, es enteramente imposible para nosotros aceptar dicho régimen (el de Díaz), fuera del respeto que nos merece nuestro propio honor y nuestra dignidad nacional. (f. Juan B. Sacasa).

Muy sincero fué sin duda el Dr. Juan Bautista Sacasa, hoy Presidente de Nicaragua, en sus expresiones. Las circunstancias en que se hallaba colocado, bajo la intromisión de un poder extranjero en nuestros asuntos internos, la herida causada a la patria en su calidad de nación soberana, explican para el historiador la especie de juramento y de protesta lanzado al mundo desde Puerto Cabezas, por el representante de la legitimidad en Nicaragua.

De igual manera han de juzgarse las palabras de los comisionados Argüello, Espinosa, Cordero Reyes, cuando escribieron de esta guisa :
.....Reiteramos nuestra protesta, formulada en la reunión que tuvimos ayer en Tipitapa, por el nuevo e injustificable atentado que se intenta cometer contra el honor de nuestro Gobierno y la dignidad de la República.- (Managua, 5 de Mayo de 1927).

Bajo el sombrío ramaje del Espino Negro, ante la conminación rotunda de Henry L. Stimson y de cinco mil marinos americanos, todos los del Gobierno de Sacasa tenían razón en la solemne protesta. Era lo justo, lo noble, lo patriótico.

Solamente el Jefe del Ejército, José María Moncada, no tuvo razón, como sus compañeros dijeron y algunos dicen todavía, en aceptar la paz.

a condición de elecciones libres, bajo su propia responsabilidad.

Sin embargo, él había dicho a los representantes del Dr. Sacasa que si ellos querían acompañarle en el campo de batalla para resistir y sucumbir unidos por la patria y la libertad, de buena gana rechazaría la paz. Solamente el Dr. Espinosa repuso : Tiene razón. Los demás guardaron silencio.

Ahora cuadran las interrogaciones y los comentarios que el historiador debe hacerse.

Si el Presidente Coolidge y su Secretario Kellog hubieran dado instrucciones a Henry L. Stimson para desconocer a Díaz y reconocer a Sacasa, ¿ habría protestado éste ?

Es muy raro, ^{rarísimo,} ~~caso de esta naturaleza~~ el no encontrar, en el fondo de todo y de todo corazón humano, el interés personal y también el colectivo. Tal era la demanda del Gobierno de Puerto Cabezas, calificada de justa por la mayoría de los hijos de América. Puede el historiador, consiguientemente, decir que en este caso el criterio del Señor Dr. Sacasa había de cambiar con toda lógica y justificación. Extendiendo el círculo podría preguntarse el narrador imparcial de esta historia, ¿ cuál habría sido la actitud de los Dres. Argüello, Espinosa, Cordero Reyes, si Coolidge y Kellog hubiesen autorizado la escogencia de uno de ellos para tercero en discordia ?

Habría cambiado igualmente el criterio de que se habla, como lo demuestra un hecho anterior, de cuando después de la batalla de Laguna de Perlas, el Presidente de Puerto Cabezas propuso como tercero en discordia a Salvador Calderón Ramírez. Son hechos históricos que se concatenan de manera inexorable. De un lado, la colectividad conservadora, del otro, la liberal. Sin duda ésta tuvo derecho para escoger del mal el menos.

Se puede, pues, deducir que los mencionados representantes eran sinceros y lógicos, establecidas las circunstancias que precedieron a la resolución del problema.

Mas en este punto cabe otra observación igualmente lógica.

Si el criterio de Washington hubiese sido favorable a los hombres de Puerto Cabezas, ¿ habría dejado de existir la intromisión de un poder extraño en nuestros asuntos domésticos ?. ¿ Por la razón de que el problema se resuelva en nuestro favor con fuerza armada extranjera, los motivos de honor, dignidad y patriotismo desaparecen ?.

Entiendo que cuando el Dr. Juan Bautista Sacasa alegaba en Washington su justo derecho a la presidencia, en virtud de los convenios de 1923, lo hacía con la idea fija de que la intervención se declarara a su favor. Si no lo pensaba ~~ni~~ siquiera, ¿ para qué su éxodo, su tenacidad, su resistencia para renunciar a la Vicepresidencia de la República ?.

Consideraciones semejantes podrían hacerse para la colectividad conservadora que bendecía la intervención cuando venía a su favor y pedía las zonas neutrales y aceptaba el desembarco de fuerzas extranjeras para fulminar a sus hermanos en la patria. Las elecciones libres cambiaron el criterio de muchos estadistas y escritores ~~libres~~ y ahora maldicen la intervención, a su manera.

Volviendo a la protesta del Dr. Juan Bautista Sacasa lanzada de Puerto Cabezas y de sus representantes en Tipitapa, huelga decir que andando los días cambiaron de parecer aceptando Secretarías de Estado, Magistraturas, Ministerio en Washington y otras repúblicas americanas, en los años del Gobierno de Moncada. Este tenía ^{de} ~~el~~ origen, aquella negrura del Espino Negro. Nació de elecciones presididas por

aquellos marinos interventores. Su presidencia estaba rubricada por altos oficiales americanos, como ha sido la del Dr. Juan B. Sacasa en 1932.

Esta es la verdadera filosofía de la historia. No radica tanto en las palabras, sino en los hechos, pero no considerados aisladamente, sino en conjunto habida cuenta de las consecuencias, de la conducta de cada cual, de la evolución que camina invisible y que va justificando lenta pero seguramente a todos aquellos que proceden de buena fe, con el aliento de lo mejor y sino de lo menos malo en este mundo, sin ~~XXXXXXXXXXXX~~ contradecirse, sin aceptar lo que denantes creyóse humillación, y deshonor y fuerza bruta.

Lo que Moncada aceptó en Tipitapa, el reconocimiento de Díaz, a condición de elecciones libres, ha sido justificado de manera evidente y palmaria por los protestantes de Puerto Cabezas y del Espino Negro. Y tal proceder resultó ser lo sencillamente humano, posible y honorable.

Los quejosos por los pactos de Tipitapa habían de ser los conservadores, porque perdieron el Poder; pero nunca el Liberalismo porque uno de los suyos supo cortar sin vacilación el nudo gordiano ganando el Gobierno para su partido, cumpliendo con el primer deber del ciudadano, la aspiración de los derechos políticos para todos los habitantes de la Nación.

J. M. Moncada